

Ambivalencias y disputas en torno a “la revolución sexual”, “la liberación de las mujeres” y el “feminismo” entre la militancia de los años setenta.

Catalina Trebisacce

I De los discursos modernos dirigidos a develar *la verdad* del sexo

Los años sesenta y setenta tuvieron como discursos privilegiados, que procuraban develar la verdad del sexo, al psicoanálisis y a la sexología. Ambos campos de fronteras porosas se desplegaron en distintos órdenes de la vida y de la cultural local. Se trató de dos discursos que, siguiendo a Michel Foucault, pueden ser pensados como dos expresiones distintas de *scientia sexualis* (2002[1976]). En otras palabras, dos discursos orientados a descubrir la verdad en torno al sexo, trascendente del propio sujeto, aún, incluso, cuando dicha verdad -en estos casos- estaba ligada al placer carnal de aquel sujeto.

Ambos discursos tuvieron una buena acogida en el campo cultural y académico, con ligeras diferencias entre uno y otro. El psicoanálisis, en Buenos Aires, tuvo una recepción excepcional, pues rápidamente se le reconoció su prestigio intelectual y sus potencialidades para afrontar la vida contemporánea.¹ Pronto, ingresó a las universidades con todos los laureles. En el caso de la sexología, el camino fue algo más dificultoso en los ámbitos privilegiados del saber, pero aún así encontró expresión tanto en carreras terciarias como en universitarias, en formatos más o menos informales como conferencias o charlas. Más allá de estas diferencias, ambos discursos desbordaron los espacios de especialistas y se dirigieron a un auditorio más o menos masivo, ávido de sus narrativas modernas sobre el sexo.²

¹ Mariano Plotkin sostiene que el psicoanálisis fue uno de los discursos más evocados para tratar los cambios que se producían en la sociedad de entonces, porque “brindaba un lenguaje apropiado para este cuestionamiento [a los usos y costumbres tradicionales] y [simultáneamente] para canalizar las ansiedades que el mismo generaba” (2003:118).

² Para el estudio del ingreso del psicoanálisis al campo cultural porteño, consúltese Mariano Plotkin (2003). El ingreso de la sexología tanto al campo cultural como a la academia todavía espera de un estudio.

El psicoanálisis fue objeto de consumo de la clase media alta, especialmente la intelectual, que gustó de practicar de terapias *de autor*³, que eran experiencias individuales o grupales, ortodoxas o heterodoxas (se habían hecho muy comunes las experiencias con alucinógenos y teatro).⁴ Pero el psicoanálisis también tuvo su expresión en un campo cultural más masivo, y dejó sus marcas en la mismísima panza de la cultura de masas. El psicoanálisis no sólo estuvo presente como una característica más o menos esperable de cualquier personaje de ficción cinematográfica, sino que fue tema central de algunos largometrajes. En 1969 Fernando Ayala dirigió, acompañado por Héctor Olivera, *Sexoanálisis*. Ese mismo año Héctor Olivera también estrenó *Los sexoanalizados*. Dos films que “se burlaban de las obsesiones provocadas por el análisis de la sexualidad” (Plotkin, 2003[2001]: 182).

La sexología contó con menos devotos declarados y menos prestigio,⁵ pero es innegable la cantidad de interesados/as y de lectores/as que sí tuvo el discurso sexológico. Por ejemplo, Florencio Escardó publicó el primer manual de sexología, titulado *Sexología para la Familia*, en 1961 y entre 1961 y 1964, debió reeditarlos dos veces sumando un total de 23.000 ejemplares. Si bien Escardó, reconociendo la *lingua franca* psicoanalítica, hacía uso de cierto aparato conceptual psicoanalítico también se alejaba del mismo y perteneciente a otra perspectiva para pensar la sexualidad. En esta misma línea se encontró también el libro de divulgación del sociólogo Julio Mafud *La revolución sexual Argentina* de 1966. El autor si bien podía hacer uso del dispositivo psicoanalítico para reflexionar en torno a la sexualidad moderna, elegía con más convicción aquellos caminos distintivos de la sexología. La sexología se constituyó, por entonces, en el otro importante campo de saber con habilitación y cierta legitimidad social para hablar de sexo sin tapujos.⁶ La sexología

³ Se hacía terapia de autor. todas mis entrevistadas cuando comenzaban a narrar sus experiencias psicoanalíticas decían “Hice terapia con Fulanito” o “En esa época estaba haciendo terapia con Fulano hasta que empecé con Fulanito de tal...”

⁴ Los testimonios de mis entrevistadas grafican bien este tipo de experiencias. Prácticamente todas las feministas (de la UFA y el MLF) tomaron secciones psicoanalíticas. La mayoría de ellas en grupos. Tres de ellas me narraron experiencias de secciones con alucinógenos, de secciones con teatro y de secciones con relaciones sexuales entre algunos de los integrantes.

⁵ En los círculos intelectuales el psicoanálisis era expresión de abordaje serio sobre la sexualidad, mientras que la sexología rara vez pudo abandonar el estigma de representar perspectiva mecanicista de la sexualidad, incapacitada para dar todas las explicaciones que el psicoanálisis más “profundo” sí podía dar.

⁶ La sexología se constituye como un campo disciplinar difuso o transdisciplinar hacia fines del siglo XIX, aunque sus vínculos más estrechos se dan con las ciencias médicas o incluso las biológicas. En los

fue el discurso predilecto de algunas revistas modernas como *Primera Plana*, en la que escribió ocasionalmente Escardó, que buscaban la vanguardia y la provocación en la materia (Cosse, 2006; Piñeiro, 2007). La revista celebraba la llamada liberación sexual y publicaban extensas notas que trataban sobre las transformaciones en las pautas de conducta sexual y de pareja. El espíritu más desafiante de la revista la llevó a dar más lugar a los informes que circulaban desde la sexología que tenían un perfil aún más radical que el desplegado desde el que se producían desde el psicoanálisis con un marco teórico más contenedor (Cosse, 2006). De todos modos, la mayoría de los medios gráficos, con más o menos compromiso intelectual, se animaron a lanzarse sobre los temas *que más vendían*, incluso, las revistas más tradicionales, como la *Para Ti* (Marguilis, 2005). Considérese que por aquellos años se publicaron los trabajos de William Masters y Virginia Johnson, la pareja de sexólogos norteamericanos que continuaron y profundizaron las líneas trazadas por Kinsey.⁷ De *Human Sexual*

primeros años del siglo XX es en Alemania donde tiene sus primeros desarrollos, que se vieron acompañados por la motorización que respecto a la sexualidad desataron los estudios que realizaba Sigmund Freud. Pero los caminos de la sexología y del psicoanálisis se fueron bifurcando, cada vez más, en la segunda mitad del siglo XX. Hacia fines de la década del cuarenta, Alfred Charles Kinsey, un biólogo taxonimista norteamericano, desde una perspectiva demasiado fenoménica para el psicoanálisis, desarrolla unos estudios que resultaron revolucionarios para la sexología. Acompañado de un pequeño equipo interdisciplinario, realiza una extensa encuesta a una población-muestra de más de 10.000 personas, seleccionadas y organizadas en función de más de una decena de variables biológicas y socioeconómicas. La encuesta contaba con 300 preguntas que apuntaban a saber, con detalles, cuáles eran las prácticas sexuales habituales entre la población norteamericana de aquellos años. Kinsey estaba casado pero sus biógrafos insisten en señalar que el doctor experimentaba una fuerte atracción por un compañero de trabajo y señalan como un objetivo del estudio de Kinsey desestigmatizar las prácticas homosexuales. De hecho, y a pesar de lo que hoy podemos imaginar a consecuencia del devenir del Instituto Kinsey, los resultados de sus entrevistas que se volcaron en cuadros en lugar de taxonomizar a los sujetos entre heterosexuales y homosexuales, distribuyeron en un gradiente a los sujetos según la frecuencia de sus prácticas, lo que permitía visibilizar lo extendido que eran los encuentros sexuales con personas del mismo sexo. Pero los resultados que quizás más resonaron por entonces fueron los que evidenciaban que las relaciones pre y extra matrimoniales eran más comunes de lo esperado, y no sólo entre los varones sino entre las mujeres (Saavedra, 2006). Kinsey y su equipo publicaron en 1948 *La conducta sexual del hombre* y en 1953, tras algunos conflictos de financiamiento, *La conducta sexual de la mujer*. Se trató de trabajos con un fuerte espíritu positivista en los que quedan manifiestos los denodados esfuerzos por poner en suspenso los prejuicios religiosos y morales. Florencio Escardó en 1961 sostuvo que “Una de las ventajas de los enfoques de Kinsey y sus colaboradores reside en haber roto la falsa barrera que la obra de Krafft-Ebing [sexólogo de fines de siglo XIX] había puesto entre lo normal y lo anormal en las prácticas sexo-genitales” (Escardó, 1964[1961]:22).

⁷ Masters y Johnson reemplazaron las encuestas de Kinsey por la observación y análisis físico y fisiológico de los cuerpos en las prácticas sexuales. Ellos analizaron las respuestas sexuales en “actos copulatorios y automanipulación” en casi cuatrocientas mujeres y algo más que trescientos varones. En 1966 publicaron sus resultados en un libro titulado *Human Sexual Response*. Fue un libro tan citado como criticado, por el crípticismo de su prosa. Años más tarde la pareja desarrolla un consultorio para el tratamiento de parejas con problemas en sus prácticas sexuales. Con los resultados de esa experiencia

Response se tradujo y llegó a Buenos Aires en 1967, sólo un año después de aparecida en los Estados Unidos. Lo mismo pasó con *Human Sexual Inadequacy* (resultado de un emprendimiento algo distinto, más orientado a dar soluciones a las parejas que a estudiar la sexualidad) que se tradujo y se publicó aquí en 1972, dos años después de su publicación en norteamérica.⁸ Junto a estos libros se publicaron un sinnúmero de artículos e incluso libros que los difundían.

Como explica Cosse, fue “la renovación periodística [la que] colocó a la sexualidad en primer plano y la convirtió en un campo de batalla de la modernización cultural” (2010:87). Diarios, revistas, diversos emprendimientos culturales (incluidos los libros de divulgación que rápidamente se tornaban *best sellers*⁹), se agolpaban para hablar de aquel tema del que denunciaban que no se hablaba lo suficientemente. Pues, del mismo modo que la sexología, el psicoanálisis también era materia de divulgación en los medios masivos.¹⁰ Los medios masivos jugaron un rol central en la difusión de los discursos de las *scientia sexualis*. Cada uno de los discursos sobre la sexualidad suponía el establecimiento de un régimen propio de lo normal y de lo patológico, así que en las páginas de revistas, diarios y libros de divulgación la *scientia sexualis* del psicoanálisis y la *scientia sexualis* de la sexología libraron una pequeña batalla.¹¹

publican *Human Sexual Inadequacy* en 1970. Los resultados más trascendentes de sus estudios y algunas características de su metodología de trabajo serán volcados en el cuerpo del texto.

⁸ Es interesante señalar que las publicaciones de Escardó y de Mafud se realizaron con anterioridad a la aparición de los textos de Masters y Johnson, incluso en lengua inglesa, lo que habla de un campo discursivo más o menos conformado, al que los estudios Masters y Johnson sólo propulsaron.

⁹ Se trataba de un tipo de publicación que tomaba el formato de libro pero que circulaba especialmente en puestos de revistas, aunque también se amontonaban en mesas diferenciadas en las librerías. Aún hoy en día pueden encontrarse este tipo de publicaciones.

¹⁰ Eva Giberti, por ejemplo, esposa por entonces de Florencio Escardó, fue una representante en materia de divulgación de los nuevos discursos en torno a sexualidad, especialmente en torno a educación sexual desde una perspectiva más psicoanalítica que sexológica, aunque se sirvió de los aportes de este último discurso sin dudas. La autora escribió durante toda la década del sesenta en distintos medio gráficos y revistas dirigidas al público femenino. De la compilación de estas columnas nacieron los famosos tomos de *Escuela para padres* y *Adolescencia y Educación sexual*, que vendieron aproximadamente 200.000 ejemplares, sin contarse ediciones no autorizadas sólo en la Argentina (Cosse, 2006).

¹¹ Me interesa señalar el hecho de que dicha batalla haya tenido lugar en el campo público (no político -en el sentido restringido del término-) de los *mass media* porque las feministas de los años setenta no dialogaron con los saberes científicos “de primera mano”, ellas no fueron académicas que libranan una batalla en aquel campo de saberes, sino que, como demuestran los archivos por ellas conservados, tuvieron como interlocutores a los discursos que desde los *mass media* se producían en torno a su sexualidad. Pues, como señala Julio Mafud, “[l]os nuevos medios masivos técnicos (T.V., cine y radio) trajeron lo erótico a la nueva vida argentina en todas sus formas y lo desparramaron en la nueva convivencia social. [...] Ya el beso, el abrazo, los temas sexuales, dejaron de ser extraños, misteriosos o

¿Pero cuál(es) era(n) la(s) verdad(es) del sexo que quitaba(n) el sueño a psicoanalistas, sexólogos/as, divulgadores, periodistas y de los/as ávidos/as lectores/as? Podríamos decir que, en la década del sesenta, aquellas verdades estuvieron supeditadas al “descubrimiento” de los medios por los cuales se hacía posible la obtención o maximización del placer en la vida sexual. Por ejemplo, la sexología trabajó al detalle sobre prácticas concretas pues entendía que, para que el placer tuviera lugar, eran imperiosas una reeducación y una transformación conductual sexual. En *La revolución sexual argentina* Mafud expuso y detalló algunas de las prácticas sexuales que entendía eran el furor del momento, como el felatio, el cunnilingus y el *soixante-neuf*, y que estaban orientadas a “buscar mayor placer y goce sin consecuencias reproductivas” (1966:85).

Asimismo, el desarrollo de estas técnicas, decía el sociólogo, tiene por “motivos ocultos [los] deseos de la mujer de escapar a la dominación machista” (1966:85). Pues claro está que no se trataba de prácticas sexuales “nuevas”, o desconocidas hasta el momento, lo novedoso fue quizás la masificación y/o la publicidad que consiguieron, especialmente para la población femenina. Hasta el momento, este tipo de prácticas o se realizaban al resguardado de los ojos públicos o las practicaban mujeres “de mala vida”. El paradigma de sexualidad tradicional confinaba a las mujeres a un papel pasivo en la iniciativa sexual y en obtención de placer. “La mujer era el objeto del acto [sexual] del hombre” (Majud, 1966:81). Sin embargo, parecería que a partir de los años sesenta las mujeres hubieran estado habilitadas y hasta fuertemente estimuladas a realizar “nuevas” prácticas sexuales, perdiendo los miedos o los estigmas. A tal punto fueron estimuladas que deberíamos admitir que, en realidad, las verdades que obsesionaban a los discursos científicos sobre la sexualidad estaban estrechamente ligadas a la sexualidad femenina: ¿cuáles eran los mecanismo necesarios a desarrollar para que las mujeres obtuvieran placer en el sexo, del mismo modo que sus compañeros varones?; o, mejor formulada en su negativo: ¿cuál es la razón por la que las mujeres no gozaban en el sexo? Estas preguntas, que se producían con cierta

distantes en la vida argentina. Ahora están cercanos y cotidianos como el agua, el almuerzo o el sueño. Están en la propia pantalla y en la propia casa [...] Los medios técnicos difundieron la obsesión del sexo, lo vulgarizaron. Lo pusieron al alcance de todos” (1966:65). “Lo pusieron al alcance de tod(a)s” entre ellas de las feministas.

independencia respecto de las prácticas sexuales concretas de las mujeres, reservaban para ellas una sexualidad cargada de dudas y sospechas.

II. Entre frías y multiorgásmicas. “La(s) verdad(es)” del sexo de las mujeres

Las representaciones sobre la mujer moderna hablaban de ella como un ser social y sexualmente liberado, que desplegaba un rol activo en la búsqueda de su placer. El imperativo de la maternidad, si bien nunca fue abandonado, cedió terreno al imperativo del placer. Las mujeres debían ahora concentrarse en alcanzar orgasmos. Esta inédita (y obsesiva) atención en el placer femenino, no tardó en generar sus fantasmas (y no tan fantasmas): un *rumor* recorrió las revistas, los libros de divulgación, etc. sosteniendo que a pesar de que ahora las mujeres se encontraran deseosas de placer, la mayoría de ellas no conseguía vivir un orgasmo. Adquirió gran trascendencia social y mediática la para nada novedosa figura de “la mujer fría”. Y sobre ella se lanzaron tanto el discurso psicoanalítico de divulgación como la sexología de divulgación.

El discurso psicoanalítico sostenía que la frialdad de las mujeres estaba asociada a las dificultades de ellas debía afrontar en el desarrollo de su sexualidad madura y saludable. Burness E. Moore, un psicoanalista que aquí fue publicado en libros de divulgación de técnicas sexuales, lo explicaba del siguiente modo:

la niña debe pasar por dos procesos psicológicos que no son necesarios para el desarrollo sexual del varón: el pasaje del interés clitoriano al vaginal, y el cambio de sexo de su objeto preferido a partir del de su objeto de amor originario, la madre. Estas condiciones explican, en parte, por qué a la mujer le resulta más difícil alcanzar el orgasmo. (Moore, 1972:230)

Los textos de principio de siglo del padre del psicoanálisis, como *Tres ensayos de la teoría de la sexualidad* (1905), pero también aquellos que desarrolló en la década del treinta, como *Sobre la sexualidad femenina* (1931) o *La feminidad* (1932), habilitaron lecturas de especialistas y de divulgadores/as que se empeñaban en conceptualizar la sexualidad en términos desarrollo progresivo y teleológico, que en el caso de las mujeres concluía en sus funcionales maternas puesto que la envidia al falo, en ocasión era sublimada a través de un hijo. Freud había propuesto un esquema

de etapas del desarrollo psicosexual de los individuos que debían superarse para alcanzar el desarrollo de una sexualidad madura. En el caso de las mujeres, la obtención de la sexualidad adulta se producía cuando la mujer superaba la etapa de su desarrollo psicosexual regido por el interés en su clítoris, y pasaba a encontrar placer en su vagina.

Con independencia de las intenciones y expectativas teóricas del psicoanálisis y de sus divulgadores/as, de desarmar el trauma femenino de la sexualidad “castrada” y liberarla, dicho(s) discurso(s) construía(n) un régimen de normalidad para la sexualidad femenina que confinaba al terreno de la anormalidad (o del desempeño disfuncional) a buena parte de la población. La frigidez se producía en todas las mujeres que no alcanzaban los llamados “orgasmos vaginales”, alcanzaran o no los llamados “orgasmos clitoreanos”. De hecho, la *excesiva* atención en el clítoris era decodificada como una otra patología, una atrofia, “la mujer histérica”.

Algunos de los factores que ya he mencionado dificultan el desarrollo de la actitud madura necesaria para la catexia vaginal. Pueden determinar una fijación o regresión a la etapa fálica en la cual predomina el interés por el clítoris, y la reaparición de los sentimientos de insuficiencia, celos y competencia respecto del hombre, y de envidia por sus presuntas ventajas. (Moore, 1972:232)

Las mujeres que se *atrofiaban* en sus clítoris eran caracterizadas como mujeres “histéricas”, de “inestabilidad emocional”, “con complejo de masculinidad” (Moore, 1972:232) y con una disfuncional “competitividad con los hombres” (Moore, 1972:232).¹² Como encallada en una lógica viciosa, la analítica psicoanalítica de la sexualidad de las mujeres terminaba produciendo sujetos abyectos, anormales, más que construyendo un camino para la resolución de un supuesto trauma.

Por su parte, la sexología reconocía también la importancia que había alcanzado el supuesto problema del orgasmo femenino. “Se podría catalogar a la década del 60 como la época de la preocupación orgásmica” (1972:173) declaraba

¹² No puede menos que llamar la atención la similitud de estas descripciones patologizantes de las mujeres “frías” con las que encuentra Michel Foucault en las pericias psiquiátricas de comienzo de siglo XIX que funcionaban como una maquinaria de producción sujetos anormales. Las pericias psiquiátricas elaboradas por médicos se realizaban con el fin de sustentar las condenas penales a sujetos, hasta entonces sólo, sospechosos de actos delictivos. (Foucault, 2001[1999]).

William Masters a la revista *Playboy* en 1968.¹³ Sostenía que “algunas mujeres empiezan a concebir el temor de no desempeñarse correctamente, y esta es la consecuencia de las discusiones públicas en torno de su importancia” (1972:173). Se trataba de un problema gnoseológico para la ciencia y de un problema práctico, supuestamente, para muchas mujeres. Un problema que era resultado de una historia de olvidos. Florencio Escardó denunciaba que “[n]uestra cultura crudamente masculinista en materia sexual olvida [el orgasmo femenino]; olvido que es causa de múltiples neurosis como lo enseña la experiencia de la clínica” (Escardó, 1964[1961]:21). Aunque, en los años sesenta, se trataba de un “olvido” paradójico pues su constante denuncia lo convertía, de hecho, en la imposibilidad del olvido. Incluso, Masters advirtió sobre las posibles ansiedades que la superabundancia del tema podría engendrar en la población pues, sostenía, que era “imposible leer una revista sin encontrar un artículo” (1972:173) que diera tratamiento al asunto.

Si bien las dos *scientia sexualis* coincidían en la identificación de “el problema” de la sexualidad moderna, la respuesta elaborada desde este otro campo de estudios se enfrentaba a la teoría psicoanalítica o, al menos, con sus relatos de divulgación. En principio, cuestionaron la “obsesión” en torno al “problema” que también los/as obsesionaba a ellos/as. Pero además los/as sexólogos/as arremetieron contra la concepción teleológica en el desarrollo de la sexualidad normal estipulada psicoanálisis. Masters y Johnson, basados en sus observaciones de laboratorio, afirmaban que no existía algo así como distintos tipos de orgasmos, al menos no era posible reconocerlos fisiológicamente. “Freud dio por supuesto que eran fenómenos fisiológicos totalmente distintos. Nuestra investigación indica que esto no es correcto” (Masters, 1972: 171). Tal “descubrimiento” echaba por tierra el régimen de normalidad propuesto por el psicoanálisis pues las mujeres no podría pasar jamás del “orgasmo clitoriano” al “orgasmo vaginal”. Se quejaba Masters: “Freud pensaba que cuando la respuesta femenina estaba circunscripta al orgasmo masturbatorio, o clitoriano, reflejaba inmadurez psíquica. A la mujer sólo se la podía considerar plenamente capacitada para responder sexualmente, o sea madura, si llegaba al orgasmo durante el coito” (1972:171).

¹³ Una entrevista que fue compilada junto a otros artículos por Nat Lehrman y publicaba en Buenos Aires en 1972 en un libro de formato divulgación, titulado *Las técnicas sexuales de Masters y Johnson. Hacia una sexualidad sin problemas*.

Por su parte, unos años antes y desde el cono sur, Escardó y Mafud también habían evitado e incluso rechazado el marco explicativo del psicoanálisis para pensar la sexualidad femenina. Aceptaban que sobre las características del orgasmo femenino “los detalles no se conocen aún bien” (Escardó, 1964[1961]:48), aunque sin embargo podría señalar al clítoris como zona erógena fundamental para la obtención del mismo. Escardó comparaba la excitación del pene con la del clítoris: “en la mujer el clítoris también se pone erecto y multiplica sus posibilidades de centro estimulante” (1964[1961]:47). Pero, como dije, el médico argentino todavía no contaba con los resultados de los estudios de Masters y Johnson. Con dichos estudios, no sólo se descartaron los “tipos de orgasmos”, sino que se reconoció al clítoris como el centro orgásmico prácticamente incuestionado de la genitalidad femenina.¹⁴ De la mano de estas interpretaciones, y en oposición a la figura de la mujer frígida del psicoanálisis, Masters y Johnson postulaban la potencia de una “mujer multiorgásmica”.

Uno de los hechos importantes que verificamos -por lo menos a nuestra satisfacción- es que la mujer es multiorgásmica *por naturaleza* (Masters, 1972: 174).

“Por naturaleza” pues los/as sexólogos/as de ningún modo negaba la existencia de mujeres con problemas para acceder a un orgasmo. De hecho, buena parte de sus trabajos estuvieron orientados a “ayudar” a las mujeres a obtener satisfacción sexual en esos términos. Pero enfatizaban en el componente cultural e histórico que funcionaba obstaculizando el desarrollo de una sexualidad gozosa.

Aparentemente las restricciones sociales puritanas y victorianas destruyeron o alteraron significativamente la capacidad de respuesta natural de la mujer (Masters, 1972:174).

De modo que, explicaba Virginia Johnson en la misma entrevista:

¹⁴ “El clítoris recibe estímulos durante la copulación cada vez que la mujer responde a una arremetida del hombre. Esta reacción se produce independientemente de la posición que ella ocupe. Usted verá, cada embestida estira los labios menores hacia el recto y, en el curso de este proceso, se estira el tronco del clítoris. De modo que no existen diferencias fisiológicas entre el orgasmo clitoriano, el vaginal, o, por cierto, el generado mediante la fantasía. Entre paréntesis, después de haber publicado el libro, tuvimos la oportunidad de entrevistar a tres mujeres capaces de elevarse al orgasmo mediante la fantasía” (Masters, 1972:171-2)

[l]a preocupación orgásmica sólo se puede producir en una sociedad cuya sexualidad ha sido negada hasta el punto en que muchas mujeres no han podido transitar confiadamente por todas estas discusiones, con una base de conocimiento de sí mismas. (Johnson, 1972:173).

Hija de su época y de la cultura *unisex*, la sexología desarrollada en los años sesenta, apuntó a señalar la paridad en las potencias sexuales de varones y mujeres, tanto en lo que respecta al deseo y a la capacidad orgásmica. Explicaba Masters: “la respuesta sexual del hombre y de la mujer son increíblemente *parecidas*, y no distintas. Esto es lo que procuramos destacar” (1972: 174). De algún modo, la sexología apuntó a desandar la disimetría entre los sexo-géneros que aparecía naturalizada tanto en el sentido común como el que se encontraba a la base del discurso psicoanalítico.¹⁵

Ahora bien, tras estas nuevas “verdades” del sexo develadas por la *scientia sexualis* de la sexología, ella establecía también su propio régimen de normalización de la sexualidad. El mismo estaría cimentado, juntamente, sobre lo que por entonces se establecía como un valor: la paridad de los sexos. La paridad de los sexos podría ser truncada u obstaculizada por una disparidad social e histórica, como lo había hecho la moral victoriana, y fue un objetivo de la sexología “desenmascarar” aquella disparidad. El régimen de normalidad de la sexología establecía que una sexualidad saludable y gozosa quedaba supeditada al ejercicio responsable de la misma que tuviera en la mira honrar esa paridad.¹⁶ Ahora bien la paridad conllevó un sistema de valores asociados, no explicitados, que fueron menos inofensivos.

Por una parte, paridad como un valor más justo a jugarse en las relaciones sexuales, supuso el establecimiento de un distingo entre una actividad sexual loable,

¹⁵ Las feministas de entonces se sirvieron de dichos estudios. Anne Koedt, una feminista radical norteamericana, en un texto trascendente del feminismo de entonces titulado “El mito del orgasmo vaginal” (1968), recogía los resultados de los estudios de Masters y Johnson para impugnar la patologización de la sexualidad femenina que se derivaba de la disimetría de sexo-género realizada por el psicoanálisis. Para un estudio sobre el trabajo de Koedt ver Jean Gerhard (en Debate Feministas/f)

¹⁶ Las ficciones de la complementariedad se encontraban también en el método. Masters y Johnson se declaraban que para sus investigaciones había sido fundamental el trabajo de a dos, no cualquier dos, sino un varón y una mujer, él y ella, y había procurado reproducir este dispositivo y trabajar también con parejas de hombres y mujeres. “Lo que realmente tratamos de conseguir en la terapia es que el hombre represente siempre al hombre y la mujer a la mujer” (Masters, 1972b:97). Johnson declaraba que lo que más le había interesado en forma personal había sido que “el hombre y la mujer unidos en equipos de dos personas hayan podido comunicarse” (Johnson, 1972b:97).

noble, sincera, honesta, verdadera, que respeta la paridad de los sexos y otra actividad sexual reprochable, artificial, mentirosa, deshonesto que niega la paridad.

Interrogado en torno al sentido de promiscuidad, Masters afirmaba que

la vieja acepción de promiscuidad sexual, que denota un interés excesivo fuera de los canales que cuentan con aprobación social, me da frío. La mujer que sirve correctamente a tres hombres distintos, en el plano sexual, que goza con todos ellos y que le retribuye a cada uno lo que él le brinda, es más honesta que la esposa 'fiel' que sirve en su propia alcoba a un solo hombre pero piensa en otro. Creo que existe la promiscuidad tanto mental como física. Esta última corresponde al concepto antiguo. El concepto más deshonesto, y el que ofrece menos posibilidades para el buen desarrollo de una sexualidad madura, es la promiscuidad mental (1972:197).

Escardó sostenía que era fundamental la paridad de los sexos en la pareja pues

sin una plena reciprocidad que significa también igualdad no hay pareja en el sentido etimológico y ético de la palabra. Tal reciprocidad y tal integración genital y sexual de la pareja constituyen la base de la familia considerada como institución sexual (Escardó, 1964 [1961]:30).

El médico argentino, representante de su tiempo, consideraba que los mandatos tradicionales en torno a las parejas era un impedimento para el desarrollo de una relación entre pares. Y afirmaba que el matrimonio no se consuma con la ruptura del himen la noche de bodas sino

cuando ambos cónyuges han hallado en la genitalidad la plenitud orgásmica y la total integración psicofísica; por duro que parezca decirlo mucho matrimonios considerados honorables son en lo genital meras formas de la prostitución¹⁷ (Escardó, 1964 [1961]:28).

Para Escardó el acto sexual no podía reducirse a lo que acontecía a nivel de los órganos genitales sino que la sexualidad suponía que entrara en juego tres dimensiones "física, psíquica y social" (1964[1961]:48). Para el doctor, ninguna descripción del coito

¹⁷ Escardó había sostenido que "la prostitución parte del hecho innoble e inmoral de que un hombre tenga acceso al ejercicio sexual con total prescindencia de la participación psicoemocional de la mujer"(1964[1961]:27).

puede marginar que la unión sexual representa el acto máximo y supremo de entrega de una intimidad total en la que deben sublimarse el recato y el pudor en el seno de una confianza superior y de un respeto pleno; en tal sentido y en todo momento la cópula significa el sello de un compromiso vital y moral y la expresión de una experiencia vital ennoblecedora (1964[1961]:50).

Pero, en segundo lugar, la paridad conllevó la idea de la complementariedad de esos sexo-géneros que eran dos y que eran equiparables. Hoy diríamos que la paridad y su complementariedad supusieron el refuerzo de la heterosexualidad obligatoria, aunque por entonces la ausencia de dicha categoría de análisis nos lleva a sostener que las consecuencias de aquello se expresaba en la imposibilidad de desarrollar una sexualidad autónoma; imposibilidad que se expresaba especialmente entre la población femenina, pues las mujeres no habrían desarrollado una sexualidad autónoma como supuestamente sí lo habrían hecho los varones amparados por los permisos derivados de la “doble moral”. Entonces, las mujeres debían alcanzar el placer en sus relaciones sexuales pero para ello, según recomendación de los sexólogos locales,¹⁸ convenía apoyarse en sus compañeros varones.

Corresponde al hombre saber que inicia una nueva realidad sexológica y que es responsable totalmente de la sexualidad y de la genitalidad de su mujer. Este concepto es principalísimo: el varón debe comprender que la plenitud sexual de su mujer es básica en primer lugar para su equilibrio psico-emocional y en segundo para el de la pareja como nueva unidad y como experiencia inédita de la sociedad; tiene que ser el maestro, guía y conductor de su esposa y ésa es una de sus tareas esenciales en la que el tiempo empleado le será restituido en equilibrio y felicidad futuros (Escardó, 1964[1961]:26)

Majud también lleno de buenas intenciones sostuvo que el camino de emancipación sexual de las mujeres dependía de sus compañeros varones.

La mujer necesita del hombre para que su propio sexo sea revelado en el contacto sexual. Desde las primeras sensaciones (a través de los toqueteos o de abrazos hasta eyaculaciones prematuras) es el hombre el que dirige el despertar sexual de la mujer en el noviazgo (Majud, 1966:120)

¹⁸ Para los/as sexólogos/as norteamericanos/as esto no habría sido así....

La mujer con su desfloración no entrega sólo el cuerpo. En ese acto de entrega irreversible entrega todo su pasado infantil y adolescente. Rompe también para siempre con su pasado de mujer "asexuada". (Majud, 1966:91)

Las *scientias sexualis* o los discursos científicos y de divulgación sobre la sexualidad moderna que se desplegaron en la esfera pública en los años sesenta partían de cambio de paradigma en materia de sexualidad, habían abandonado como preocupación central a la reproducción y comenzaban a querer dar cuenta de la dimensión del placer. Sin embargo, las discrepancias entre uno y otro régimen no se hicieron esperar. El psicoanálisis patologizaba a las mujeres cuya obtención del placer no fuera resultado de una relación sexual penetrativa mientras que la sexología le otorgaba a las mujeres un potencial lugar más justo, pero lo hacía bajo la ficción de la paridad de los sexo-géneros, cuyas derivas no eran tan inocentes. En este campo de disputas sobre las verdades del sexo, se desarrolló la militancia feministas en torno a la sexualidad.

III. Las feministas y varones homosexuales apostando a otra economía de los placeres

Como exponía en el inicio del capítulo la sexualidad fue declarada un tema central para la militancia feminista de aquellos años. María Mellino me explicaba que estudiar sobre la sexualidad femenina era trabajar sobre la propia identidad de las mujeres (mas sobre la identidad de las lesbianas, sobre este punto volveré luego).

*[Nuestros posicionamientos] se generaban a partir de toda esa discusión o reflexión, discusión sobre qué entendíamos nosotras por sexualidad, todo un bollo por el tema de la identidad, ¿viste?, cómo nos definimos a partir de la sexualidad, qué importancia tiene. Todas discusiones alrededor de eso.*¹⁹

Sin embargo, tamaño asunto no dejó registros. Sobre los asuntos referidos a la producción del *sujeto mujer moderna* pude consultar algunas de las revistas *Persona* y los cortos de María Luisa Bemberg, pero concreta y estrictamente en torno a la sexualidad de aquella *mujer moderna (excéntrica)* no me fue posible encontrar prácticamente nada, tan solo un documento (*Moral Sexual Argentina*) realizado por el

¹⁹ Entrevista realizada por la autora, enero de 2013.

Grupo de Política Sexual, del que participaban militantes de la UFA, del MLF, del FLH y algunos independientes; texto que puede ponerse en serie con otro documento del FLH (*Sexo y Revolución*).²⁰ Sobre estos documentos y sobre algunas entrevistas trabajaré a continuación.

Lo primero que hay que señalar cuando hablamos de sexualidad y feministas en los setenta es la alianza que llegaron a entablar con los varones homosexuales. Una alianza que se produce recién en 1973 cuando llegan a conocerse a través de la convocatoria de la revista *2001*, una revista moderna, de exacerbado estilo futurista, a estudiar sobre sexualidad. A esa convocatoria acudieron militantes de la UFA, del MLF, del FLH, entre otros. Pero la alianza con los homosexuales varones podríamos pensar que se había producido, de hecho, antes de aquel encuentro pues ambos habían estado intentando combatir el discurso psicoanalítico de divulgación y su régimen de normalidad. Guy Hocquenghem, homosexual francés de la década del setenta, escribía en su manifiesto

Los homosexuales son todos más o menos histéricos; a decir verdad, comparten con las mujeres una profunda confusión de identidad; para ser más exacto, se benefician de una identidad confusa. [Pues] el estado fálico es el de la identidad (2009[1972]:77-9)

Si el falo es la identidad, todo lo demás es patología y alteridad complementaria. Hilda Rais recuerda que una de los motivos por los que se acercó a la UFA fue porque se había enterado que aquellas mujeres desmitificaban el mito del orgasmo vaginal.

*¡¡Se hablaba del mito del doble orgasmo!! Y yo decía: ¿cómo el mito? ¿qué mito?[...]¡¡Yo estaba convencida de que había doble orgasmo, uno vaginal y otro clitoriano!! Así que fui [a la reunión de la UFA] y me rompió la cabeza.*²¹

Mirta Henault, militante de Nueva Mujer y asociada a la UFA, me explicaba de la siguiente manera

*Nosotras teníamos una visión de la sexualidad, la seguimos teniendo... por la que pensábamos que la sexualidad de las mujeres es independiente el placer de la procreación, con el clítoris.*²²

²⁰ Nota sobre la particularidad de estos textos...

²¹ Entrevista realizada por la autora, marzo de 2013.

²² Entrevista realizada por la autora, enero 2012

Henault recordó, a modo de *anécdota*, que en ocasión de la visita al país del doctor Carlos Castillo del Pino,²³ por contacto de Gabriela Christeller, varias feministas se acercaron al hotel a recibirlo. El doctor venía a Buenos Aires a dar una conferencia sobre sexualidad, tema de su último libro.

*Vamos dos o tres de nosotras y nos dice él quería hablar del coito. Entonces... ¡a discutirle a él! Lo volvimos loco pero después, gran suspenso en la conferencia... ¿qué va a decir Castilla del Pino? El salón estaba lleno, mujeres y hombres. Empieza a hablar Castilla, todo a favor nuestro. ¡Lo habíamos convencido!... fue genial, genial, fue divino: él diciendo 'que el clítoris esto, lo otro' y que no había ninguna razón para el coito, porque la penetración es un acto de violencia, de apropiación. Todo exactamente nuestra posición, que yo la mantengo. Porque finalmente el gran placer es el clítoris. Está bien, no descartamos nada, que la mujer elija, que haga lo que quiera, pero ahí está, es un órgano, que está, que existe y que requiere ser atendido.*²⁴

La *anécdota* corresponde a los primeros años de militancia antes de la masiva retirada de la UFA en 1973, pero luego de esa fecha como parte del Grupo de Política Sexual (GPS), las feministas y los homosexuales acudieron a tres o cuatro conferencias sobre sexología con los mismos objetivos. Sobre estas experiencias Marta Miguez habló con detalle y enfatizó su importancia.

Me parece interesante, como valor histórico, es que cuando íbamos a las conferencias sobre sexualidad –estamos hablando del 72 al 74 más o menos- el clítoris no existía. El orgasmo era vaginal en las mujeres. El clítoris no existía. Entonces cuando nosotras los mirábamos “perdón doctor” saltaba una, Hilda Rais era impecable en eso con el tono de vocecita siempre así encantador, “yo no sé pero a mi me dijeron que el centro orgásmico es el clítoris, ¿puede ser?”²⁵

²³ Carlos Castilla del Pino neurólogo y psiquiatra español, que en 1971 publicó *Sexualidad y represión* (libro que llegó a Buenos Aires ese mismo año) en el que reflexionaba sobre la temática de la sexualidad abrevando tanto en el psicoanálisis freudiano como en algunos textos de la sexología.

²⁴ Entrevista realizada por la autora, enero 2012

²⁵ Entrevista realizada por la autora, julio de 2009. Ilustra este punto el libro de Julio Mafud, varias veces citado más arriba. En el mismo el autor reserva el segundo capítulo para disertar sobre el placer femenino y promete abordar el orgasmo femenino, sin embargo, entre las varias páginas que componen dicho apartado nunca menciona al clítoris y cuando intenta explicar el placer femenino sólo lleva a (im)precisar: “el acto sexual es siempre misterioso y enigmático para la mujer que no tiene conocimientos sexuales [...] **El placer femenino tiene una expresión difusa que cubre todo el cuerpo.** Y no puede terminarse en muchos casos con exactitud ni inmediata ni mediata” (1966:103-4, el resaltado me pertenece)

En esas mismas conferencias recuerda Miguelez que los varones homosexuales desplegaban también sus discrepancias con las *scientias sexualis* del momento.

Por ejemplo, yo me acuerdo de una vez que estábamos en hebraica y había tres doctores hablando de sexualidad. Entonces, lo que hacíamos era, por ejemplo, cuando hablaban de homosexualidad masculina, los chicos del FLH escuchaban, estaban sentados todos dispersos siempre, esto como técnica general. Nosotras también. Entonces los tipos hablaban, versión tradicional: "los homosexuales son hijos de madres dominantes y padres débiles". Entonces, se levantaba uno "perdón doctor". Se ponía de espaldas al doctor y de frente al público y decía: "yo soy homosexual y mi mamá no tiene nada de...." Te estoy hablando en la década de los 70, hace treinta y pico de años que un hombre se parara a decir "yo soy homosexual", no tiene que ver con hoy.²⁶

Desde estas conferencias o desde distintas revistas masivas que abordaban el tema se operaba una constante patologización del placer homosexual y una negación del clítoris (cuando no ocurría una patologización del placer clitoriano), que despertaba resistencias desde los grupos feministas y desde los grupos de varones homosexuales. El *olvido* del clítoris, en un contexto de frenesí mediático en torno a la capacidad de goce de las mujeres, exasperaba a las feministas y las acercaba a la militancia de los varones homosexuales. Guy Hocquenghem escribió "si el falo es esencialmente social, el ano es esencialmente privado" (2009[1972]: 72), fórmula que podrían haber reescrito las feministas locales denunciado el relegamiento del clítoris.

En el texto *Sexo y Revolución* del FLH de 1973 los militantes de frente comparaban y asimilaban la experiencia sexual de las mujeres (heterosexuales) con las de los varones homosexuales.

Las formas convencionales de realizar el coito en nuestra cultura son el fiel reflejo de la dominación del macho: la hembra está dejado de él, y la introducción del pene en la vagina no roza necesariamente el clítoris, que es el órgano orgásmico femenino. El coito está estructurado culturalmente para la satisfacción del varón, que detenta toda la iniciativa y que posee el derecho legítimo de gozar (la mujer que goza es socialmente considerada una puta). Esta dominación en el coito es en última instancia la base material de la dominación de la mujer por el hombre en la vida cotidiana (1973: s/p).

²⁶ Entrevista realizada por la autora, julio de 2009.

En el caso del varón, nuestra cultura mutila el coito anal pasivo, a pesar de que el ano está rodeado de terminaciones nerviosas sexuales y próximas a la próstata que, en caso de introducción de un pene, resulta excitada pudiéndose producir un orgasmo sin necesidad de manipulación genital (1973: s/p)

Las feministas y los varones homosexuales, sujetos de una sexualidad disidente respecto de la sexualidad fálica, aspiraban a la legitimación de sus prácticas y placeres y para ello debían impugnar y enfrentar la *scientia sexualis* psicoanalítica. Las feministas y los muchachos del FLH proclamaban una despatologización de su sexualidad y una reterritorialización de las zonas erógenas, de la vagina al clítoris (al orgasmo vaginal le opusieron el orgasmo clitoriano) y del pene al ano (del ser penetrativo al ser penetrado). Para ello las feministas (y no así los varones homosexuales)²⁷ contaron con el discurso científico de la sexología en sus versiones más actualizadas. Sin embargo, aquel mismo discurso suponía importantes límites para las feministas.

La sexología del momento, participando de los ideales de la paridad y de la complementariedad de los sexos, no sólo patologizaba la homosexualidad sino que también minimizaba la autonomía erótica de las mujeres reinstalando una relación de dependencia de la mujer para con su pareja varón. En *Moral Sexual en Argentina* las feministas y los chicos del FLH explicaban que “recambio de la moral sexual” (modo en que el texto reconceptualiza la llamada “revolución sexual”) no

²⁷ La pareja de sexólogos/as del momento mantenía muchos prejuicios respecto de la homosexualidad y sus ideales de complementariedad interferían en su tratamiento. Sin embargo, los estudios que había realizado Kinsey, probablemente a consecuencia de los deseos homosexuales que experimentaba el biólogo, encuentran más disponibilidad para trabajar la homosexualidad. De hecho, el FLH recurrió en varias ocasiones a los Informes Kinsey más que a los resultados de Masters y Johnson. En octubre de 1973 el FLH distribuyó una circular que consistía en la reproducción de un extenso fragmento de dichos informes. En el mismo se aseguraba que “[l]a innata facultad fisiológica del animal para responder a cualquier estímulo parece ser, por tanto, la explicación básica del hecho de que ciertos individuos responden a estímulos dimanantes de otros individuos de su mismo sexo [...] Las teorías sobre los apegos infantiles a uno u otro progenitor; las teorías sobre la fijación, a algún nivel de la infancia, del desarrollo sexual; las interpretaciones de la homosexualidad como un comportamiento psicopático o una degeneración moral, así como otras interpretaciones de índole filosófica, no están basadas en la investigación científica y contradicen los datos específicos relativos a nuestras series de historiales femeninos y masculinos.[...] Si todas las personas con algún vestigio de historial homosexual, o todas las predominantemente homosexuales, fueran eliminadas hoy de la población, no existe razón alguna para creer que la incidencia de los homosexual se vería materialmente reducida en la próxima generación. La homosexualidad ha venido constituyendo una parte considerable de la actividad sexual humana y desde los primeros albores de la historia, en primerísimo lugar porque ella constituye la expresión de ciertas facultades elementales propias del animal humano. Del Informe Kinsey.”

proponía verdadera liberación de la sexualidad sino que únicamente ampliaba el “terreno de las gratificaciones sexuales” de un modo “controlado”. Y aunque “sólo un tremendismo estéril descartaría ciertas reivindicaciones que en el marco del recambio no son descartables en sí mismas”²⁸ (1973:9), el sistema de valores asociado al “recambio” “opera contra la libertad sexual” (1973:9). Desde la pareja Masters y Johnson hasta Escardó o Mafud, en lo que respecta a las recomendaciones para que las mujeres “descubrieran” su sexualidad, sugerían el acompañamiento por sus parejas varones. Los ideales de paridad y complementariedad, que se fusionaban con un viejo paternalismo, limitaban la autonomía erótica de las mujeres y penalizaban la homosexualidad. En *Moral Sexual en Argentina* escribían

“El modelo heterosexual sigue incólume, y a lo sumo aparece “modificado”, modernizado por la idealización de la pareja elegida “libremente” y “por amor”. Esto toma distancia de la doblez moral del matrimonio patriarcal, que permite relaciones extra-conyugales a él y se las prohíbe a ella, pero toma distancia solo porque ahora se excluye a ambas partes de esas relaciones en base de una fidelidad compulsiva” (1973:8)

Para los varones homosexuales la “fidelidad compulsiva” (y heterosexual) amenazaba las posibilidades de conseguir algún amante ocasional -habitualmente hallables entre los varones heterosexuales-, pero esta moral sexual también afectaba a las mujeres, las sofocaba pues ellas debían necesariamente su placer sexual (aunque fuera mediante la estimulación clitoriana) a sus parejas varones. Lo que, de algún modo, denunciaron los/as militantes del GPS afirmando que el recambio sexual “no cuestiona la relación de dependencia de la mujer respecto al varón” (1973:6). La libertad sexual de las mujeres terminaba en la cama con (de) sus maridos o novios. Y cuando esos maridos o novios o no existían o no eran estables o eran malos amantes o malas parejas, las mujeres quedaban condenadas a practicar un juego imposible: mandatadas a experimentar placer sexual pero imposibilitadas de hacerlo.

²⁸ Es interesante notar que la militancia de izquierda era la que estaba siendo acusada de “tremendismo estéril” pues párrafos más arriba, el documento explicaba que el recambio era “corresponde a la importación –preferentemente a través de los medios de comunicación masivos (los mass-media)- de un modelo vigente en las metrópolis de capitalismo avanzado” (1973: 4) y que entre la militancia de izquierda condicionada por el “el combate [que] urge levantar un dique de contención a la cultura dominante imperialista” (1973:9-10) las reacciones habían sido “reaccionarias” pues eligieron apresuradamente la vieja moral sexual tradicional *aggiornada* por los valores modernos de compañerismo.

Al considerar la situación conyugal de la mayoría de las militantes feministas se hace evidente que ellas eran parte de las obligadas a ese juego imposible. Por ejemplo, Gabriela Christeller me confesó que su matrimonio había sido una guerra constante y que su sexualidad con su esposo, un olvido.

Y con mi marido nunca tuve ni sexo ni diálogo. Nada de lo que hace feliz a una pareja. Dirás de dónde nacieron mis hijos, bueno, misteriosamente como se acoplan dos moscas, pero nada más.²⁹

Por su parte, Susana Sías Moreno me confesaba que había vivido discriminación y abandonada por parte de familiares a raíz de que ella mantenía una sexualidad activa y no ligada a un solo varón. Me decía

siempre me gustaron enormemente los varones, los encuentros, acostarme con el que me gustaba y eso era muy mal visto, pero muy mal visto, y entonces bueno, me fui quedando sin familia, un montón de otras cosas... hasta que me encuentro con estas mujeres salvajes. Esas fueron experiencias realmente maravillosas Catalina, maravillosas, porque el disfrute de estar al lado de gente inteligente conociendo el tema de la mujer. Aprendí que por ejemplo, ¿qué sé yo?, cosas que pueden ser ahora muy comunes. ¿Qué descubro con el feminismo? Ya te digo lo más importante, el poder del orgasmo que tenemos las mujeres. Descubro que nosotras no tenemos límites, que el límite es de los tipos, que podemos fifar todo lo que se nos ocurra. Bueno, fue un descubrimiento tremendo.³⁰

Pero no fueron las únicas, sólo por mencionar algunas más, recordaré que María Luisa Bemberg y María Elena Oddone ingresaron al feminismo al tiempo que se separaron de sus maridos. Inés Cano también estuvo separada el tiempo que militó en el feminismo. Por su parte, Sara Torres y Mirta Henault se separaron o perdieron a sus parejas porque sus compañeros decidieron comprometerse más en organizaciones de las nuevas izquierdas. Ellas eligieron resguardar a sus respectivos/as hijos/as y alejarse de sus compañeros. En condición de madres solteras ingresaron a la militancia feminista. Como madre soltera también ingresó al feminismo Susana Sías Moreno. Aunque no todas las militantes de las organizaciones estaban separadas todas las

²⁹ Entrevista realizada por la autora

³⁰ Entrevista realizada a Susana Sías Moreno por la autora

mujeres que se acercaban a las organizaciones feministas tenían problemas de pareja.³¹

La sofocante dependencia de la sexualidad de las mujeres a la sexualidad de la pareja y por tanto del varón, era aún más insoportable cuando las mujeres eran lesbianas, situación que era la de buena parte de las militantes. En la UFA al menos tres figuras centrales (Leonor Calvera, Marta Miguelez e Hilda Rais), eran lesbianas que padecían de igual modo el régimen de normalidad sexual imperante en el marco de la llamada “revolución o liberación sexual”, aunque no militaran en torno a su orientación sexual.

Las feministas aspiraban a un desarrollo de una sexualidad gozosa pero también autónoma. Uno de los caminos que transitaron para ello fue, por un lado, el orgasmo clitoriano (como ya se analizó más arriba) y, por otro, el trabajo sobre el autoerotismo masturbatorio, práctica más o menos perseguida por entonces tanto entre varones como entre mujeres, puesto que la sexualidad moderna era eminentemente una sexualidad de a dos.³² Aunque la interdicción sobre el autoerotismo pesaba con especial fuerza en las mujeres. Marta Miguelez recordando otra intervención en una conferencia de sexología, me dijo:

y me acuerdo, hablando de masturbación, un doctor arriba de un escenario dice ... “bueno, porque la masturbación es la manipulación del pene hasta la eyaculación”. Yo digo “perdón doctor, ¿y en las mujeres?”. “Señora! Por favor!” Toda su respuesta fue esa O sea, para el doctor sexólogo las mujeres no nos masturbábamos. Y ahí se fueron metiendo otras y después empezamos a hablar del tema de anticonceptivos.³³

Las feministas se ocuparon de trabajar en torno a la masturbación como parte de las prácticas que garantizaban una autonomía a las mujeres, práctica que fundaba un afuera de sofocante régimen de heterosexualidad. Marta me había explicado que en la UFA realizaban algunos “ejercicios” que realizaban las interesadas cada una en su casa, para el conocimiento del propio cuerpo, de la propia sexualidad.

³¹ Esta es una observación que compartieron todas las entrevistadas a las que consulté. La única excepción que encontré entre mis entrevistas fue el testimonio de Inés Hercovich quien se encontraba en pareja con un militante que pasó por distintas organizaciones de las nuevas izquierdas con quien tenía una relación amorosa “hermosa y feminista”.

³² Florencio Escardó desincentivaba la masturbación tanto masculina como femenina por ser una práctica que podría traer asociadas algunos problemas de salud imprecisables.

³³ Entrevista de la autora a Marta Miguelez, julio de 2009.

Uno de los ejercicios era masturbarnos leyendo textos de cualquier cosa. Es decir, textos de historia, textos de geografía. Leer algo, es decir, ubicar tu cabeza en cualquier cosa que no fuera fantasías ni nada y producir masturbación mecánicamente para ver qué pasaba con esto. Con lo cual, maravilloso! O sea, hemos trabajado sobre nosotras mismas.³⁴

María Inés Aldaburu recuerda que cuando se acercó al grupo de Oddone³⁵ recuerda una de las primeras interpelaciones que recibió al llegar al grupo

“¿y vos te masturbás? ¿pero vos no te masturbás? Yo me quedé verde, porque yo no me masturbaba. Después con el feminismo empecé a entender que la masturbación... pero en ese momento... Me reía y me quedaba ahí con un pudor...”³⁶

Las feministas se aplicaron a un trabajo sobre la propia sexualidad que indiscutiblemente abrevaba en los discursos científicos modernos pero, simultáneamente, los cuestionaban en algunas de sus dimensiones. Los cuestionamientos surgían de sus propias experiencias de vida, experiencias afectivas y sexuales. María Mellino me confesaba que para ella era *“muy difícil relacionarse con varones”* porque no sabía *“bien qué buscar”*. Mandatos sexuales modernos derivados de los distintos regímenes de normalidad sexual (del psicoanálisis o la sexología), le advertían que algo andaba mal pues durante largo tiempo, me confesó, *“no tuve orgasmo”*. *“Después vino toda una época de mucho aprendizaje para mí a partir de los grupos, y además a animarme más”*.³⁷ Las puestas en común de este tipo de experiencias en el marco de los grupos de concienciación (o de otros encuentros menos estructurados) permitían la producción colectiva de un propio régimen de saber de sí con el que disputaban las verdades en torno al sexo a los regímenes imperantes. Los “ejercicios” de autoerotismo masturbatorio a los que se refirió Marta Miguelez también eran parte de las prácticas de sí por medio de las cuales las feministas aumentaban el conocimiento del sí mismas, de su propia sexualidad, y contrarrestaban los mandatos que la hacía dependiente de la sexualidad de la pareja y del varón.

³⁴ Entrevista realizada a Marta Miguelez por la autora, agosto de 2009.

³⁵ Explicar que María Inés Aldaburu se acercó al grupo de Oddone mientras el MLF ya no existía como tal.

³⁶ Entrevista realizada a María Inés Aldaburu por la autora, diciembre de 2012.

³⁷ Entrevista de la autora.

Asimismo, como parte y consecuencia de las prácticas de sí, las feministas interceptaban a sexólogos para “convencerlos” de su “posición”; o en las conferencias de sexología las mujeres alzaban la mano y preguntaba por los olvidos del clítoris o la masturbación femenina, junto a los varones del FLH quienes mientras les daban las espaldas a los médicos y les explicaban al público en qué había consistido para ellos ser homosexual. Prácticas que suponía un cuestionamiento a los saberes instituidos. Decía Marta sobre aquellas intervenciones.

*Pero no sólo era el público el que quedaba impactado, sino también los sexólogos que se quedaban locos porque eran la palabra autorizada, que quedaba desautorizada!*³⁸

Las feministas (en ocasiones acompañadas por los varones homosexuales) disputaban el régimen de verdad de las *scientias sexuales* desde, diría Foucault, el desarrollo de un *ars erótica*. El *ars erótica* fundamenta las verdades del sexo a partir de la propia experiencia guiadas por el placer (un placer que no es el que mismo que supone el imperativo del placer propios de estos años, pues en tanto que imperativo funcionaba como trascendente de las experiencias concretas de las mujeres y terminaba, de una u otra forma, patologizándolas).

Conclusión

Los discursos modernos en torno a la sexualidad, una sexualidad que apuntaba a desplazar el imperativo de la maternidad por el imperativo del placer, conllevaron la configuración de un nuevo *problema*, el problema moderno de la sexualidad, el del orgasmo femenino. Los discursos que reconfiguraban la sexualidad moderna en términos de placer más que de deber, pusieron sus ojos sobre el supuesto sujeto considerado indiferente respecto del placer sexual: los sujetos sexo-generificados mujeres. Sobre este problema se expidieron psicoanalistas varios, sexólogos y un regimiento de comunicadores/as que reprodujeron sus discursos en revistas, diarios, libros, tevé, conferencias, etc.

De modo que una parte de la militancia feminista de aquel período consistió en desarrollar un diálogo crítico con estos discursos que querían hablar de las mujeres.

³⁸ Entrevista de la autora a Marta Miguelez.

Las feministas de la década del setenta desarrollaron una alianza de militancia con los varones homosexuales, que apuntó tanto a desarrollar otra economía de los placeres (una reterritorialización de las zonas erógenas de los cuerpos), como a denunciar el carácter constrictivo de la pareja (sexual) moderna (fundada en la “paridad” y en “complementariedad” de los sexos), que patologizaba a la homosexualidad y le negaba autonomía erótica a las mujeres.

Bibliografía

AAV. *Sexo y revolución* del Frente de Liberación Homosexual, Buenos Aires, 1973

AAV. *La moral sexual en Argentina. Investigación* De Grupo de Política Sexual, Buenos Aires, 1973.

COSSE, Isabella: “Cultura y sexualidad en la Argentina de los sesenta: usos y resignificaciones de la experiencia transnacional” en *E.I.A.L.*, Vol. 17, nº 1, 2006.

ESCARDÓ, Florencio *Sexología de la familia*, Buenos Aires, El Ateneo, 1964[1961].

FOUCAULT, Michel: “Scientia Sexualis” *Historia de la sexualidad I. la voluntad de saber*, México, Siglo XXI, 2002 [1976].

GERHARD, Jean “De vuelta a ‘El mito del orgasmo vaginal’: el orgasmo femenino en el pensamiento sexual estadounidense y el feminismo de la segunda ola”, México, *Debate Feminista*, año 12, vol. 23, 2001

HOCQUENGHEM, Guy: *El deseo homosexual*, España, Melusina, 2009[1972].

KOEDT, Anne “El mito del orgasmo vaginal” en *Debate Feminista*, año 12, vol. 23, 2001

MAFUD, Julio *La revolución sexual argentina*, Buenos Aires, Americalee, 1966.

MASTERS, William y JOHNSON, Virginia “La entrevista de Playboy a Masters y Johnson” en LEHRMAN, Nat *Las técnicas sexuales de Masters y Johnson. Hacia una sexualidad sin problemas*, Buenos Aires, Granica Editor, 1972.

MASTERS, William y JOHNSON, Virginia “Masters y Johnson hablan sobre *Human sexual inadequacy*” en LEHRMAN, Nat *Las técnicas sexuales de Masters y Johnson. Hacia una sexualidad sin problemas*, Buenos Aires, Granica Editor, 1972.

MOORE, Burness “Significado y tratamiento psicoanalítico de la frigidez” en LEHRMAN, Nat *Las técnicas sexuales de Masters y Johnson. Hacia una sexualidad sin problemas*, Buenos Aires, Granica Editor, 1972.

PIÑEIRO, Elena: "Ejecutivas y liberadas. Modelos de mujer en la prensa política. Los años sesenta." En BRAVO, María Celia; GIL LOZANO, Fernanda y PITA, Valeria (Comps): *Historia de luchas, resistencias y representaciones. Mujeres en la Argentina, siglos XIX y XX*, Imprenta Central de la Universidad de Tucumán, San Miguel de Tucumán, 2007

PLOTKIN, Mariano Ben *Freud en las Pampas*, Buenos Aires, Editorial Sudamericana, 2003 [2001].

SAAVEDRA, Cristina "Informe Kinsey" *Indice*, Marzo, 2006, pp20-22.